Jaroslav Seifert

Vista desde el puente de Carlos

Hacía rato que había dejado de llover,
En un santuario de Moravia,
donde me había refugiado durante la tormenta,
cantaban una canción mariana
que me impedía marcharme.
La había escuchado en casa con frecuencia.

El cura se había arrodillado ya sobre las gradas
y abandonado el altar.
El órgano dejó de sollozar.
Pero la procesión de peregrinos no se movía.
Sólo un rato después, los que estaban arrodillados
se levantaron cantando
y, sin girarse,
salieron todos de espaldas
hacia el pórtico abierto.

Nunca volví a aquel lugar
ni me detuve bajo la sombra de los tilos
donde blancas banderas se agitaban
bajo el zumbido de las abejas.
Añoraba Praga
aunque sólo por breves momentos
me encontrara fuera de sus muros.
Día tras día miro agradecido
el castillo de Praga
y su catedral
y no puedo apartar la vista
de esta imagen.
Es mía
y además creo que es milagrosa.

Por lo menos a mí me decidió el destino.
Y cuando cae el crepúsculo
en las ventanas de Praga,
y hay estrellas en las tinieblas transparentes,
escucho siempre su vieja voz
y oigo versos.
De no ser por esa voz estaría callado
como el pájaro al que llaman kiwi.

Hay días en que el castillo
y su catedral
se alzan oscuramente nobles
y parecen construidos
de tristes piedras
traídas de la luna.

Pero al momento
envuelven a las torres de Praga
coronas tejidas de rayos
y rosas
y de un dulce espejismo
en el que está tejido también el amor.

Mis despreocupados pasos por las calles,
mis rosadas aventuras,
amores y todo el resto
fueron sepultados por ligeras cenizas
cuando ardió el tiempo.

A unos pasos del camino real
había un rincón oscuro
donde al anochecer se aparecían a los peatones
putas despeinadas
y hacia sus regazos muertos
atraían a inexpertos chiquillos
como era yo.
Hoy ese lugar está en silencio.
Sólo asustan
en la cima de los tejados
las antenas de televisión.

Pero cuando piso el empedrado
del Puente de Carlos
recuerdo irremediablemente a lòs peregrinos
del interior del santuario.

¡Qué suerte
poder ir por este puente!
Aunque con frecuencia veo su imagen
tras el cristal de mis propias lágrimas. ◊

Jaroslav Seifert, el mayor poeta en lengua checa. Premio Nobel de Literatura en 1984.

Traducción de Clara Janés